

MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA

Gonzalo de Berceo

MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA

Texto adaptado al castellano moderno

por

Antonio Gálvez Alcaide

Clásicos

Morfeo Editorial

Morfeo Editorial

Morfeo Clásicos

Copyright © de la adaptación

al castellano moderno, Antonio Gálvez Alcaide, 2012-2019

© de esta edición: Morfeo Editorial

Imagen de cubierta: Altar de Isenheim,
de Mathi Gothart Grünewald

www.morfeoeditorial.com

correo@morfeoeditorial.com

1ª edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-939369-6-9

Depósito legal: B 20685-2019

Impreso y encuadernado por Romanyà Valls

Impreso en España

*A la sabrosa contundencia de las Vírgenes
de Gonzalo de Berceo,
autor de fina sensibilidad.*

Antonio Gálvez Alcaide

Introducción

Amigos y vasallos de Dios omnipotente,
si vosotros me escucharais con buen consentimiento,
os querría contar un gran acontecimiento,
tenedlo como bueno al final ciertamente.

Yo, el confesor Gonzalo de Berceo llamado,
yendo en romería me hallé en un prado,
verde y sin arar, de flores bien poblado,
un lugar codiciado para un hombre cansado.

Daban un gran olor las flores bien olientes,
refrescaban al hombre, las caras y las mentes;
manaban a cada canto fuentes claras, corrientes,
en verano bien frías, en invierno calientes.

Había allí gran abundancia de buenas arboledas,
granadas y perales, manzanos e higueras,
y muchas otras frutas de diversas maneras,
ninguna había podridas ni agrias siquiera.

El verdor del prado, el color de las flores,
las sombras de los árboles de templados sabores
me refrescaron todo y perdí los sudores:

el hombre podría vivir con aquellos olores.

Nunca encontré en el mundo un lugar tan deleitoso,
ni sombra tan moderada ni olor tan sabroso;
me quité la ropilla por descansar más calmoso,
y me puse en la sombra de un árbol hermoso.

Descansando en la sombra perdí todos los cuidados,
oí sonidos de aves, dulces y modulados,
nunca oyeron los hombres órganos más templados,
ni que se pudieran formar sonos más afinados.

Unas hacían la quinta y las otras doblaban,
otras ponían el punto, errar no las dejaban,
al posar, al actuar, todas se esperaban,
las aves torpes y roncas, allí no se acercaban.

No habría organista, ni habría violero,
ni giga ni salterio ni mano de rotero,
ni instrumento ni lengua ni tan claro vocero
cuyo canto valiera con esto un dinero.

Os hablamos de todas estas bondades,
creedlas bien, no contamos décimas partes,
que había de noblezas tantas diversidades
que no las contarían priores ni abades.

El prado que os digo tenía otra bondad,
ni con calor ni con frío, nunca perdía su beldad,
siempre estaba verde en su integridad,
no perdía su verdor con ninguna tempestad.

Desde el instante que estuve en el suelo acostado,
de toda la miseria me quedé librado,
olvidé todas las penas, el sufrimiento pasado,
quien allí morase sería bienaventurado.

Los hombres y las aves, cuanto acontecía,
llevaban tantas flores como llevar querían,
de mengua en el prado, ninguna hacían,
por una que se llevaban, tres o cuatro nacían.

Parece que este prado es como el Paraíso,
en el que Dios tanta gracia, tanta bendición quiso,
quien creó tal cosa, sabio maestro sería,
hombre que por allí morase, nunca ciego quedaría.

El fruto de los árboles era dulce, magnificado,
si Adán de tal fruto hubiera comido,
tan mal no habría sido engañado,
no habrían sufrido tal daño ni Eva ni su marido.

Señores y amigos, lo que dicho tenemos
es palabra difícil, explicarla queremos;
quitemos la corteza, al meollo entremos,
cojamos lo de dentro, lo de fuera dejemos.

Todos cuantos vivimos, por piedad estamos,
aunque con prisa o en el lecho nos hallamos,
todos somos romeros que un camino andamos,
san Pedro dijo esto, por él os lo probamos.

Cuantos aquí vivimos, en ajeno moramos,
la morada duradera arriba la esperamos;

nuestra romería, entonces, la acabamos,
cuando al Paraíso las almas enviamos.

En esta romería tenemos un buen prado,
en el que encuentra reposo todo romero cansado:
Virgen gloriosa, madre del buen Criado,
ningún otro prado nunca igual fue encontrado.

Este buen prado siempre estuvo verde, con honestidad,
porque nunca tuvo mancha su virginidad,
como quien antes y después del parto fue virgen de verdad,
ilesa, incorrupta en su integridad.

Las cuatro fuentes claras que del prado manaban,
los cuatro evangelios, eso significaban,
porque los evangelistas, los cuatro que los dictaban,
cuando los escribían con ella hablaban.

Cuanto escribían ellos, ella lo enmendaba,
eso era cosa bien firme, cosa que ella alababa;
parece que el riego todo de ella manaba,
ya que sin ella, de eso nada se guiaba.

La sombra de los árboles, buena, dulce lozanía,
en la que tiene consuelo toda la romería,
son las oraciones que hace Santa María,
quien por los pecadores ruega noche y día.

Cuantos hay en el mundo, justos y pecadores,
aureolados y laicos, reyes y emperadores,
allí corremos todos, vasallos y señores,
todos a su sombra vamos a coger las flores.